

obligado á hacerse esclavo de un extranjero. Y al mismo tiempo haremos la aplicación de estos dos puntos á todos nosotros, infelices pecadores...

Primera parte. — Miseria del Hijo pródigo. *Sobrevino una grande hambre en el país á donde se habia retirado...* De todas las pruebas que Dios envía al mundo para castigarlo, una de las más terribles es el hambre... Imagináos toda una provincia, todo un país careciendo de pan; hombres, mujeres y niños enflaquecidos, poniendo de manifiesto sus rostros pálidos y demacrados, cayendo de debilidad é inanición en los caminos, en las calles y hasta en las plazas públicas... En aquellos terribles momentos, se cierran los corazones, se prescinde de la compasión; cada cual piensa únicamente en sí!... Si un extranjero viene á tender la mano, se le rechaza con dureza... ¿Quién ha de querer darle el pedazo de pan que él mismo necesita para alimentarse ó para sostener á sus hijos?...

Tal era el estado del país donde se encontraba el Hijo pródigo... Este experimentó el hambre; pero ¿á quién dirigirse para aplacarla?.. Extranjero, sin familia, sin parientes, ¿á qué puerta había de ir á llamar?... ¿A qué protectores, á qué amigos podía invocar?... Aquellas muchachas perdidas, que le habían ayudado á arruinarse, que se habían enriquecido con sus prodigalidades, le habían abandonado tan pronto como no tuvo más dinero que tirar... Sus compañeros de jolgorio, aquellos á quienes tenía por amigos, aquellos que tomaban parte en sus juegos, á quienes admitía en su mesa, se separaron de él en cuanto le vieron arruinado... Vendió caballos, trenes, muebles, todo, hasta sus trajes; ya no le quedaban más que unos harapos. Después de haberlo derrochado todo, ahora, ahora experimenta la necesidad... ¡Vé pues, desdichado, á implorar el auxilio de los mercaderes, de los proveedores á quienes tu lujo ha enriquecido!; estos mismos se burlarán de tí!... Insultarán tu miseria... Todos ellos te señalan como á un miserable. « Mirad, dicen, á ese jóven libertino que llegó no ha mucho á nuestro país con una fortuna tan magnífica, en tan fastuoso tren... Derrochador imprudente, si ahora tuviese lo que ha gastado con tanta prodigalidad, no padecería hambre...; Ved ahí á donde le han llevado sus despilfarros y sus malas compañías! »

¡Todas estas murmuraciones tuvo que oír el Hijo pródigo; todos estos insultos y muchos otros tuvo que sufrir!.. Le estoy viendo pasear su vergüenza é ignominia por aquellos mismos lugares que habían sido testigo de sus fiestas y de sus prodigalidades, tendiendo una demacrada mano á los transeuntes, y recojiendo tan sólo, en lugar de pan, palabras burlonas y sarcasmos...; Cuánto debió sufrir entonces!..; Cuán á menos debió echar la casa paterna!...; Desgraciado! vuelve, corre pues deprisa á arrojarte en los brazos de tu padre!... Mas nó, su corazón no estaba cambiado aún... Para convertirle era menester, como veremos más adelante, que padeciese más, que descendiese más abajo todavía...

Aquí, hermanos míos, el Hijo pródigo es asimismo la imagen viva del pecador... Y abandonando á este buen Padre que tenemos en el cielo, alejándonos de él, no solamente hemos disipado todos nuestros bienes, sino que además hemos caído en una extremada miseria... No hablemos ya de la gracia y amistad de Dios. La fé nos enseña y nosotros lo sabemos perfectamente que éstas no pueden subsistir en un alma con el pecado mortal. Todo el bien que antes habíamos podido hacer ha desaparecido, está borrado... ¿Comprendéis, cristianos, la inmensidad de esta pérdida, lo grande de esta miseria?... Imagináos á uno de los más grandes santos; buscad de entre todos á aquel que más ha contribuido á la gloria de Dios, á darle á conocer... Pongamos por ejemplo á san Pablo, que convirtió tantas provincias, que emprendió tantos viajes, que soportó tantas fatigas, que sufrió tantas persecuciones para enseñar el Evangelio y extenderléjos nuestra divina religión (1)... Pues bien; suponed que este santo tan agradable á Dios, cuya corona tan bella debe ser, y que en un éxtasis sublime entrevió los goces y delicias del Paraíso; suponed, digo, que antes de morir hubiese cometido un solo pecado mortal y que no se hubiese arrepentido de él: ya habría habido bastante. Todos sus méritos habrían desaparecido, no se habría tenido en cuenta ninguno de todos sus trabajos, habría sido declarado réprobo por toda la eternidad...

¡Ved ahí, hermanos míos, á qué grado de miseria reduce á nuestra alma el pecado mortal!.. La hace pobre, miserable, despojada de todo

1. II Cor., XI.

á la presencia de Dios (1). Y sin embargo, en medio de este abandono se deja sentir una especie de hambre, no sé qué necesidad de la gracia de Dios, alimento divino de que no pueden verse privadas nuestras almas... Nosotros hemos visto ébrios que maldicen la pasión que les domina y tiraniza y darse golpes en la frente con una especie de rabia... ¡ Cuántas lágrimas han derramado tal vez ciertas jóvenes sobre ciertas debilidades humillantes y escandalosas!.. Y estas lágrimas lo que se las hacía derramar era la miseria en que su alma se encontraba, era la necesidad que experimentaban de recobrar la gracia... Gustosos les habríamos dicho, como al Hijo pródigo : « Volved á vuestro Padre celestial ; su corazón os aguarda, sus brazos estan abiertos para perdonaros... » Mas esta conversión, esta vuelta, ellas no la han querido ; ¡ ha sido menester que descendiesen, como el Hijo pródigo, más abajo todavía!.. Su corazón no estaba cambiado...

Segunda parte. — Prosigamos pues, hermanos míos muy amados, estudiando esta dolorosa historia, puesto que ella reproduce tan fielmente la de los pobres pecadores... ¿ Qué va pues á hacer el Hijo pródigo en medio de tanta miseria? ; Indudablemente va á decidirse á volver á la casa de su padre!.. ¡ Ah! Ya hemos dicho que su corazón no ha cambiado; el orgullo, el espíritu de rebelión le dominan todavía; no tiene aún fuerzas bastantes para dominar los respetos humanos... Se forja dificultades que no existen... ; Volver á casa de su padre!.. Pero ¿ qué se dirá de él?.. ; Qué de burlas le harían!.. ; Cómo harían pesar sobre él el yugo que no había querido soportar!.. Y luego, el hambre no va á durar siempre; él es joven todavía, la educación que ha recibido puede hacerle encontrar una colocación ventajosa.. El infortunado joven se hacía mil reflexiones estériles por el estilo; buscaba razones, inventaba motivos para no volver hácia el mejor de los padres...

¡ Pobres pecadores! esto es exactamente lo que más de una vez ha pasado en nuestras almas... Tristes, desalentados, ridiculizados por los miserables que nos habían arrastrado al mal, comprendiendo la nada de las pasiones, el miserable estado en que ellas nos habían sumido, hambrientos, suspirábamos por aquella paz y tranquilidad de que gozan los cristianos fieles... ¡ Ah! Esta paz, esta tranquilidad que ya no

conocemos, no nos la puede dar el mundo: no vive con el pecado... ¡ Paz adorable, que aventajas á toda especie de dulzuras, nó, tú no puedes ser patrimonio de los pecadores!.. De consiguiente, apesar de su hambre, á despecho de su miseria y de las razones que le excitan á volver á Dios, el pecador busca toda suerte de motivos para volver atrás y diferir su conversión... « Soy aún demasiado joven para abstenerme de estos placeres, para renunciar á estas pasiones... ; Qué se diría de mí si dejase tal compañía que me ha llevado á la perdición ; si, retrocediendo valerosamente, me atreviese á practicar los deberes de un buen cristiano?.. » Dulce san Agustín, admirable modelo de penitentes, tú has conocido estas luchas, y has triunfado de ellas. « Yo, dice este santo, veía á las pasiones más seductoras, al orgullo, á la ambición, al deleite levantarse ante mí... ; Tendrás valor, me decían, para vivir alejado de nosotras?... ; Podrás abandonarnos?... Quédate, permanece con nosotras... No está vacía aún la copa; no has saboreado aún todas las dulzuras que te podemos ofrecer. ; Más tarde, más tarde podrás ver!.. É yo permanecía de esta suerte, prosigue el santo, alejado de Dios y abismado en la mayor miseria (1)... »

Mas al fin, una mañana, el hambre fué más poderosa que él, y el Hijo pródigo se vió obligado á buscar donde servir y vender su libertad... No os lo presentaré yendo de puerta en puerta para encontrar un amo; no os diré las humillaciones que tuvo que soportar, ni las negativas á que se vió expuesto... Básteos saber que encontró un amo duro y altanero, que se dignó aceptar sus servicios, comprometiéndose únicamente á mantenerle, y aún más adelante veremos que el alimento que le daba era harto insuficiente... — Fijáos, os lo ruego, en lo que la pasión hizo de aquel desventurado. De ciudadano que era, pasó á ser extranjero; hijo de buena familia, le teneis jornalero; de rico se convirtió en pobre; trocó su libertad por la esclavitud. ; Oh funestas pasiones! aquel á quien separasteis del más tierno de los padres, lo habeis convertido en compañero de los cerdos; cuida á estos viles animales, en cierto modo los obedece, ; él que no quiso

(1) Véanse sus *Confesiones*.

someterse al mejor de los padres! (1)... Nó, hermanos míos muy amados, nosotros no sabemos bastante lo que es el pecado... Por esto tenemos dificultad en comprender bien el parecido que existe entre el Hijo pródigo y el alma que ha abandonado á Dios.

Sin embargo, esta comparación tiene que ser exacta; porque, decidme, ¿quién es su autor?... ¿No es el mismo Señor Nuestro Jesucristo quien se sirve de esta parábola para hacernos comprender á la vez los tristes efectos del pecado y las grandezas de la divina misericordia?... Pero ¿de quién se hace esclavo el pecador?... Se hace esclavo de las malas compañías que frecuenta, se hace esclavo de las pasiones que le dominan...; Oh!; Y qué especie de tiranos las pasiones!... ¿Veis á ese avaro que, con un trabajo culpable, profana los domingos y días festivos, que se priva de lo necesario?... Pero, miserable, tú eres rico, tú nadas en la abundancia; ¿á qué este afán de aumentar una fortuna, de que jamás te vas á aprovechar?...; Ah!; Es que en el fondo de su corazón hay una pasión que le dice: Atesora; *affer, affer* (2)! y no la puede resistir!... ¿Veis á esos hombres, á esas mujeres, á esos mozos, á esas mozas á quienes tiraniza la innoble pasión de la lujuria?... Pero, desgraciados, estais perdiendo vuestra reputación, estais deshonrando vuestra casa, estais disipando vuestra fortuna, estais echando á perder vuestra salud...; Sed prudentes, si no quereis que en breve se mande hacer vuestro ataúd!... Nada escuchan: la pasión, blandiendo sobre ellos su inexorable látigo, les empuja y les obliga á andar delante de ella como á viles esclavos...; Más, más! dicen ellos: *affer, affer*!... Ni la vergüenza, ni la infamia, ni la misma muerte les puede detener...; Ah!; Pobres hijos pródigos, tristes esclavos de las pasiones, á qué amos tan duros é implacables habeis vendido vuestra libertad!...

PERORACIÓN. — Todavía, hermanos míos muy amados, veremos ir más abajo al Hijo pródigo; pero, desde ahora, el deplorable estado á que se halla reducido ¿no puede inspirarnos saludables reflexiones?... En la casa paterna nada le faltaba; su padre le había dicho más de

1) S. Pedro Crisólogo, *apud Cornelium a Lapide*.

2) Prov. XXX, 15.

una vez: « Hijo querido, todo lo mío te pertenece. *Omnia mea tua sunt*. Por consiguiente puedes servirme, puedes usar de todos mis bienes, como mi hijo muy amado... » Hoy..; qué cambio!.. Estos andrajos que le cubren, el establo donde se le ha instalado, la voz imperiosa que le manda, todo nos dice lo bastante su miseria, sin que sea menester enumerar aún las burlas de los otros criados que con él sirven, sin que sea menester fijar nuestras miradas en el alimento con que ha de contentarse y que no llega á satisfacer su apetito...

Y nosotros, infelices pecadores, esta noche antes de dormirmos, cuando estemos tendidos en nuestra cama, cual tal vez en breve nos tenderán en nuestro ataúd, pongámonos, os lo ruego, á reflexionar por un instante, aun cuando no sea más que por un minuto, y preguntémosnos, con la mano puesta en nuestra conciencia: « ¿Soy tan dichoso desde que he abandonado los sacramentos, como lo era antes?... Mi alma, ¿está satisfecha desde que se ha hecho esclava de tal ó cual pasión?... Tú, fortuna que he reunido, me dejarás; tú, pobre cuerpo tan ávido de placeres, un día te pudrirás en la tumba... ¿De qué te serviran entonces las alegrías, los placeres, los goces?...; Cuánto más dichoso era yo cuando habitaba la casa de mi padre, es decir, cuando era fiel á Dios!... La paz y la alegría tenían en mi alma su morada...; Cuánto menos temía la muerte, cuyo recuerdo hace temblar hoy hasta la médula de mis huesos!...

Amados hermanos, no desatendais mi consejo; sí, antes de dormirmos haceos estas saludables reflexiones y volved, desgraciados hijos pródigos, á la casa paterna, antes que hayais llegado al último grado de abyección; volved á abrazar por completo el servicio de Dios... — Este servicio es dulce y honroso; porque servir á Dios es reinar; servir á Dios es ser fuerte contra los ataques del demonio; servir á Dios es resistir á las tentaciones, es dominar y someter nuestras pasiones; servir á Dios es poseer la alegría, la paz, la pureza de conciencia, espléndidos ropajes que envuelven nuestra alma como otros tantos régios atavíos... Servir á Dios es reinar; sí, reinar con él, triunfando del mal en este mundo, y prepararse además para reinar con él y con sus santos en el reino de la eterna bienaventuranza...; Quiera Dios que todos nosotros podamos, por medio de una verdadera

y sincera conversión, merecer ocupar un día en él el trono que la misericordia divina nos tiene preparado...; Así sea!

SOBRE EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

INSTRUCCION SEGUNDA.

SEGUNDO MIÉRCOLES DE CUARESMA (*en la oración de la noche.*)

Porqué no siempre es eficaz el sacramento de la Penitencia.

TEXTO. *Curavimus Babylonem et non est sanata!* Hemos cuidado Babilonia y no la hemos podido curar...

(JEREMIAS, LI, 9)

EXORDIO.— Hermanos míos, los antiguos médicos atribuían una virtud extraordinaria á una planta, hoy en día de todos conocida, que se cultiva en muchos jardines, y que se llama *salvia*. Decían ellos que ninguna enfermedad podía resistir á sus saludables efectos; remedio soberano contra esos humores malsanos que engendran la hidropesía, era igualmente eficaz para devolver á los paralíticos la sensibilidad que habían perdido y el libre uso de sus miembros; curaba la lepra, aliviaba las enfermedades del corazón... En una palabra, ni una había de esas mil enfermedades á que estan sujetos nuestros pobres cuerpos, contra la cual no se la invocase como un específico infalible.. Así es que había una famosa escuela de medicina que, llena de admiración por las pretendidas virtudes de dicha planta, exclamaba con entusiasmo : « ¿Cómo puede morir el hombre, cuando la salvia crece en sus jardines? (1)... » Era un error, hermanos míos, y la planta de que hablamos

(1) *Salvia confortat nervos manuumque tremorem tollit...
Cur moriatur homo, cui salvia crescit in horto?*

(Juan de Milan, *Schol. Salertin. Aph.*)

distaba mucho de tener tanta eficacia; tan cierto es que los hombres más sábios se equivocan... Pero Jesucristo, nuestro divino Salvador, no puede equivocarse: pero la santa Iglesia católica que él inspira no puede enseñar un error... Así pues, cuando nos dicen que el sacramento de la Penitencia cura todas las enfermedades del alma, la hidropesía del orgullo, la parálisis de la indiferencia, el cáncer de la avaricia, la lepra de la impureza, en una palabra, todas las pasiones á que estan expuestas nuestras almas, lo hemos de creer; porque es la misma verdad. Ahora pues, decídmelo, cuando tantos hombres se pierden apesar de la eficacia de este sacramento, ¿no nos encontramos también nosotros en el caso de exclamar : « ¿Cómo pueden condenarse tantas almas, teniendo á su disposición el sacramento de la Penitencia? »

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Esta noche, hermanos míos, me propongo contestar á esta pregunta. Examinemos pues el porqué el sacramento de la Penitencia no produce siempre los saludables efectos que nuestro divino Salvador le ha atribuído. Dos razones me parece encontrar : *en primer lugar*, porque no se recibe con bastante frecuencia ; *en segundo lugar*, porque se recibe mal.

Primera parte. — No se acude bastante amenudo al sacramento de la Penitencia. No quiero hablar, hermanos míos, de los impíos, de los malos cristianos que no se acercan jamás á él, que difieren hasta la hora de su muerte el recibir este sacramento; éstos es evidente que no pueden experimentar sus efectos saludables : un remedio no puede curar á quien no lo quiere emplear... Pero vamos á ver, cristianos; un médico prescribe á un enfermo que tome cada quince días, cada tres semanas ó, si se quiere, cada mes, un medicamento que le ha de aliviar sus indisposiciones y le ha de proporcionar una perfecta salud. Si el enfermo no lo toma más que una vez al año, ¿tiene el derecho de decir que su médico le ha engañado; que aquel remedio no tiene las virtudes que se le atribuyen; que experimenta siempre las mismas indisposiciones y que no ha recobrado la salud? ¿No podría contestarle con razón el doctor : « El medicamento que os ordené es infalible; si no habeis experimentado sus felices efectos, es porque no habeis seguido mis prescripciones;